

VISIÓN DE AMÉRICA LATINA*

PEDRO DAZA VALENZUELA**

Antes de mi viaje a Chile me encontré con un profesional norteamericano a quien le expliqué la distinción que se me había otorgado de participar en este seminario para hablar sobre América Latina. Se interesó en el tema y me hizo algunas preguntas.

¿Se puede decir que toda América Latina es como Brasil?, consultó. No, fue mi respuesta, no es toda América como Brasil. ¿Acaso es como Bolivia? También mi respuesta fue negativa. Y así sucesivamente fue mencionando varias naciones que provocaron en mí una contestación semejante.

¿Qué es América Latina? ¿Es acaso sólo un concepto? ¿Existe en la realidad como unidad? ¿Se puede identificar a América Latina como un conjunto humano que tenga una vocación de identidad en sus metas, en su organización social, en sus objetivos, en sus valores fundamentales, en su composición racial?

La inmensa variedad, diversidad que caracterizan este espacio físico y a los pueblos que la habitan desafían una descripción simple. Por otra parte, es indudable que hay elementos que diferencian a los latinoamericanos de otros grupos humanos y que hacen surgir algunos factores que configuran, para América Latina, una cierta singularidad.

En primer lugar América Latina es una realidad como espacio físico. Con extensa geografía. En este espacio físico habitan 336 millones de personas.

Esta unidad geográfica es relativamente rica en muchos de los recursos básicos y esenciales para el desarrollo de una sociedad industrial.

La extensión de la región y los diversos climas le confieren características especiales para tener una variada y extensa producción agrícola.

Esa es la faz de los recursos potenciales de nuestra región; de su riqueza latente.

* Texto de la conferencia dictada en el seminario "Regímenes políticos latinoamericanos", el 20 de septiembre de 1982.

** El autor es Embajador de Chile ante la Organización de los Estados Americanos (OEA).

Sin embargo, cuando penetramos en el ámbito de la situación de los seres humanos que componen su conjunto se nos advierte una realidad cruel y contradictoria.

En América Latina el 46,3% de los 336 millones de personas carecen de una alimentación con calorías mínimas. La desnutrición energética proteica afecta a alrededor de 28 millones de niños menores de 5 años, o sea, al 61,5% del total de individuos de este conglomerado; 46,4% no dispone de agua potable; 40,1% no tiene luz eléctrica; 61,3% de los habitantes urbanos no dispone de alcantarillado.

Esa es la manifestación del subdesarrollo de nuestra región. Teóricos, políticos y científicos sociales han tratado de dar una explicación a este contraste entre la riqueza potencial que hay en América Latina y la forma precaria en que esos recursos sustentan la vida de los latinoamericanos.

Algunos la han explicado invocando el carácter dependiente de la economía latinoamericana. El concepto de los centros y de la periferia ha estado en boga durante extensos períodos. Otros la han atribuido a una política sostenida de sustitución de importaciones que ha despilfarrado recursos e introducido la ineficiencia en la actividad productiva.

Por mi parte, creo que en la esencia de nuestros problemas existe una responsabilidad latinoamericana. Somos los latinoamericanos los que tenemos la responsabilidad primera por nuestra deteriorada situación y la razón fundamental de ella es nuestra incapacidad para haber creado entre nosotros una sociedad verdaderamente solidaria.

Esa falta de voluntad política para hacer realidad la vocación de identidad que nos impone la geografía ha sido un elemento constante en nuestra historia que, incluso hoy, pesa con más fuerza que en épocas pasadas.

La unidad latinoamericana pudo haber sido la respuesta a la parte de verdad que tienen cada una de las teorías que pretenden explicar nuestro subdesarrollo.

Somos los propios latinoamericanos los que hemos carecido de la imaginación colectiva para poner en movimiento las energías de pueblos enteros que pueden ser desenterradas, para que la cooperación latinoamericana fuera elemento importante para el progreso de la región.

¿Es América Latina una unidad desde el punto de vista de las metas y objetivos que persiguen sus pueblos? ¿Tenemos identidad de valores, de instituciones sociales? ¿Hemos desarrollado políticas semejantes para obte-

ner propósitos similares?. En suma, ¿existe una identidad latinoamericana?

La visión de una América Latina unida ha inspirado a una larga sucesión de filósofos, de líderes revolucionarios, de hombres de estado.

Nadie podría dudar que los latinoamericanos tenemos muchas denominaciones comunes: lenguaje, religión; nuestras naciones han compartido una experiencia colonial que ha tenido un impacto acentuado en sus valores sociales, en sus estructuras económicas, en las instituciones políticas que han tratado de consolidar.

En determinadas circunstancias los latinoamericanos, actuando unidos, han hecho aportes sustantivos al Derecho Internacional, como es el caso de la consagración como norma de Derecho del *Principio De No Intervención*; de la *Igualdad de los Estados*; del *Respeto a la Integridad de los Tratados*. En la redacción de la Carta de San Francisco que dio origen a la Organización de Naciones Unidas la participación de América Latina fue sustancial. Semejante actuación se ha observado en la creación del moderno Derecho del Mar.

Todos estos hechos revelan aunque en forma parcial una voluntad común.

Pero lo que es más importante, tenemos problemas semejantes. Compartimos varias condiciones incluyendo una vasta pobreza, dispar e irregular crecimiento económico y, como señalé antes, la existencia de problemas globales que incluso los países más avanzados de la región no pueden resolver haciendo abstracción de la cooperación regional.

Pero, por otra parte, la realidad es que no hay una sociedad latinoamericana sino más bien varias sociedades latinoamericanas.

En los diversos países que las forman encontramos agrupados, en proporción diferente, pueblos de origen europeo, indoamericano y africano que han dado origen a sociedades diferentes; que tienen valores y estructuras distintas.

América Latina es una de las zonas más avanzadas de las zonas en desarrollo. Pero esta generalización puede dar lugar a equívocos.

En la región hay profundas diferencias en el grado de industrialización y en el ingreso de cada uno de nuestros países.

Se encuentran países que tienen un producto nacional bruto anual per cápita de 270 dólares, como Haití.

Otros como Honduras, Bolivia y El Salvador, cuyos indicadores tienen cifras cercanas a los 600 dólares per cápita anual. Uruguay, Argentina y

Chile que superan los 2.000 dólares y Venezuela que sobrepasa los 3.600 dólares.

Es fácil advertir que esta realidad económica introduce una gran diversificación en la región.

En los últimos años se ha hecho presente en América Latina un factor, vinculado con la distribución del poder en la región, que implica el surgimiento de valores que aún no tienen expresión práctica pero que han introducido en el área un nuevo elemento de diversidad.

Desde el siglo pasado y hasta hace pocos años del presente la política internacional de los principales países de América Latina tenía un fuerte contenido europeo. Las naciones que desarrollaban una acción más dinámica en la región estaban inspiradas en gran parte por los valores de la vieja Europa. Se trataba de adaptar aquí las instituciones del viejo Continente.

En los últimos años ha tenido más proyección una América Latina autóctona y mestiza que no siente la misma identificación con aquellos valores europeos y que, hasta ahora, no ha logrado identificar y consolidar un nuevo cuadro de valores propios.

Pero, en todo caso, el proceso tiende a crear un fenómeno de diversificación que se ve acentuado con la presencia de las naciones caribeñas que han introducido una historia diferente, un origen racial, una cultura, un derecho distinto.

Integración y diversificación, dos fuerzas contradictorias que presiden el dialéctico devenir de esta región. La historia de América Latina es el conflicto entre aquellos elementos que nos hacen disímiles y aquellos que nos incitan a integrar.

Hablar por tanto de una América-Latina como una expresión de seres humanos que comparten plenamente ideales de vida, que se encuentran identificados en sus aspiraciones y en sus metas, que son solidarios en su búsqueda de progreso y bienestar, que tienen una identidad básica es una lamentable irrealidad. Tal América Latina no existe.

Frente a esa realidad debemos trasladarnos a un segundo plano de nuestro análisis. El de consolidar y concebir un esquema de cooperación eficiente que, respetando las identidades nacionales y soberanas que conforman la región, nos permitan afrontar unidos aquellos problemas que nos son comunes. No podemos eludir, al menos, la solidaridad que surge de la cooperación.

No pretendo negar que en los últimos años se han perfeccionado acciones de cooperación latinoamericana. Hay una vinculación económica

y una relación mucho más intensa que la que existía en las primeras décadas de este siglo. No sería objetivo desconocerlas.

Sin embargo, creo que esas acciones de cooperación, en sentido global, han sido débiles y muchas han fracasado. Se pudo haber hecho mucho más. Y es en ese fracaso donde debe encontrarse la causa principal del subdesarrollo latinoamericano que mencionaba al iniciar esta exposición y la razón del estancamiento y de la deteriorada visión que América Latina presenta hoy día.

Hay muchos hechos que señalan el fracaso latinoamericano. En la década del 60 al 70 la idea de la cooperación latinoamericana ocupó un lugar prioritario en la política nacional e internacional de los países de la región. Si analizamos los esfuerzos que en esos años se emprendieron tenemos que concluir que la mayoría de ellos se han frustrado.

El Tratado de Montevideo que en 1960 estableció la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) promovió un optimismo esperanzado en la región.

En 1973 debía existir entre 11 países de América Latina una zona de libre comercio en la que lo esencial de su comercio recíproco circulara libre de derechos aduaneros y de restricciones no arancelarias.

Todos sabemos que estas aspiraciones no se han realizado.

El Acuerdo Andino a pesar de la espesa nube retórica que cubre sus acciones no ha tenido mejor suerte.

Esta entidad no sólo no ha tenido ninguna significación práctica para América Latina sino que ni siquiera fue capaz de despertar el optimismo inicial que tuvieron las entidades que antes he mencionado.

El Mercado Común Centroamericano, que tuvo un inicio dinámico y eficaz, está totalmente paralizado.

No obstante esas frustraciones la necesidad de la cooperación sigue vigente y, más aún, adquiere mayor trascendencia en la actual situación del mundo.

Los países latinoamericanos están empeñados en un sostenido esfuerzo de modernización y de crecimiento económico con claros objetivos políticos, económicos y sociales.

Por su parte esos propósitos dependen, a su vez, de la situación de la economía mundial, de la aplicación de políticas y estrategias razonables y de una efectiva cooperación internacional.

En la actual situación internacional la cooperación latinoamericana

adquiere nuevamente acentuada dimensión. Más aún, hay problemas que sólo pueden resolverse mediante medidas de cooperación regional.

Después de años de extraordinaria prosperidad los países desarrollados han visto declinar su tasa de crecimiento. La crisis energética, la inflación, la recesión, el crecimiento del desempleo, la baja acumulación de capital, los ha obligado a adoptar medidas de ajuste que afectan los intereses de América Latina.

Las medidas proteccionistas que han puesto en práctica, para proteger su empleo, señalan que América Latina en forma creciente encontrará dificultades para retomar el ritmo de incremento de sus exportaciones a los países industriales y aún de mantener sus actuales niveles.

Se hace pues necesario un vigoroso esfuerzo de cooperación para liberalizar el intercambio regional que facilite la reactivación de las economías latinoamericanas aprovechando el enorme potencial de comercio recíproco que aquí existe.

El problema de la deuda externa es otro asunto que exige la cooperación latinoamericana. Hasta hace años recientes los países latinoamericanos han tenido la posibilidad de financiar su crecimiento con créditos externos. Pero la expansión vertiginosa de los mercados financieros mundiales está llegando a su término.

La posibilidad de que América Latina continúe acudiendo a esta modalidad encuentra cada vez mayores dificultades.

La restricción que se observa en los mercados financieros, y el nivel a que ha llegado la deuda latinoamericana hace imposible que se mantenga el alto nivel de flujo de créditos externos que venían obteniendo desde 1974.

El problema ha adquirido una cuantía y una transcendencia que exige una acción conjunta para permitir que la comunidad internacional desarrolle una acción destinada a mantener un flujo de recursos que restablezca el desarrollo latinoamericano.

Por otra parte la cooperación latinoamericana puede desarrollar una necesaria acción complementaria destinada a crear mercados de capitales regionales que alienten el ahorro regional.

La producción de alimentos es otro tema que exige la acción de cooperación de América Latina.

La energía y sus problemas constituye otra área en que la cooperación regional debe jugar un papel principal.

El cambio y el nuevo amanecer de una sociedad constituyen los hechos más apasionantes de nuestra vida actual. Algunos, adelantándose a los años, señalan esa nueva sociedad como la de la era espacial. Otros la designan como era de la información o era electrónica. Algunos ya mencionan la sociedad postindustrial.

Cualquiera que sea la designación que se haga de ella hay un hecho que caracterizará a esa nueva sociedad: la capacidad de producir conocimientos será la base esencial de la riqueza y del poder. El rol que desempeñó la tierra en las sociedades agrarias; el trabajo en las primeras etapas de la sociedad industrial; y el capital en el apogeo de esa sociedad industrial, lo cumplirá el flujo de conocimientos en la civilización postindustrial.

Y para que América Latina no quede a la zaga en las innovaciones tecnológicas, para que sea un pedazo vivo de la historia del futuro resulta indispensable concentrar y aunar esfuerzos. Que dos o tres centros de excelencia latinoamericanos se transformen en núcleos activos de ciencia y tecnología cuyos conocimientos se proyecten y beneficien a toda la región. La pobreza de la investigación de las universidades latinoamericanas sólo puede superarse con el esfuerzo común.

He mencionado estos casos como ejemplos. Hay muchos otros problemas que, no obstante los esfuerzos que desplieguen los países individualmente, no pueden abordar solos desde el ángulo nacional y con sus exclusivos recursos naturales y humanos. La cooperación regional es indispensable para superarlos con éxito.

Observamos aquí una contradicción entre esa necesidad de cooperación y la falta de voluntad política para abordarla.

En la década del 60 al 70 era fácil advertir la existencia de esa voluntad. Fue la década de la integración. La década del 70 al 80 marca, por el contrario, el debilitamiento de la cooperación latinoamericana; es la década de la desintegración con predominio exagerado de los nacionalismos y una fuerte tendencia al aislamiento autosuficiente.

Al analizar lo que ocurre actualmente en el plano latinoamericano es paradójico observar que mientras cada vez son más imprescindibles las relaciones entre países latinoamericanos —es más, como he señalado, hay problemas que sólo pueden superarse con la cooperación de toda la región— esa cooperación ha languidecido gradualmente. No hay relación entre la cooperación necesaria para solucionar los problemas y la voluntad política para solucionarlos colectivamente.

Muchas son las causas que pueden explicar el debilitamiento de la cooperación.

El mantenimiento de la paz es un elemento esencial de la cooperación latinoamericana. Los países latinoamericanos no sólo tienen un compromiso moral, sino que un compromiso jurídico con la paz. *La Carta de la Organización de Estados Americanos* lo consagra como uno de sus principios y en el *Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca*, en su artículo primero, nuestras naciones condenan formalmente la guerra y se obligan en sus relaciones internacionales a no recurrir ni a la amenaza ni al uso de la fuerza en cualquiera forma incompatible con las disposiciones de la *Carta de Naciones Unidas* o del TIAR mismo.

La solución de todas nuestras controversias por medios pacíficos es una obligación jurídica que empece a todas nuestras naciones. En América Latina hay una tradición de paz y en el mantenimiento de ella debe reconocerse buen crédito a la Organización de Estados Americanos.

Todo el edificio jurídico que se ha estructurado y que las naciones latinoamericanas se han obligado a cumplir debería ser suficiente para evitar en el Continente una carrera armamentista.

No obstante ello, los gastos de América Latina en armamentos durante 1981, incluyendo Cuba, ascendieron a 8.900 millones de dólares.

Pero hay más. El interés que despierta, en algunos países latinoamericanos, la adquisición de armamentos cada vez más sofisticados y costosos puede promover una carrera armamentista que no sólo amenaza la paz sino que el desarrollo que América Latina busca afanosamente. Nada puede ser más contradictorio con la cooperación que un proceso de esta naturaleza.

¿Si hemos condenado jurídicamente la guerra, cuál es el sentido de este gasto? ¿Es que se ha debilitado nuestro compromiso moral con la paz? ¿Es que ha perdido significado nuestra obligación jurídica de no recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza en nuestras relaciones internacionales? ¿Es que ha desaparecido la voluntad de cumplir las obligaciones que surgen de los tratados que nos vinculan?

El gasto de 8.900 millones de dólares en armamentos no condice con la condición de una América Latina unida.

Esta visión que se está dando en América Latina debe ser urgentemente modificada. Hay conductas que deben ser modificadas. Por ello es indispensable que las naciones latinoamericanas renueven su compromiso con la paz, modernicen y hagan efectivos los medios pacíficos de solución

de controversias, simplifiquen el marco procesal en que deben operar y se comprometan, en definitiva, con mecanismos compulsivos de solución de controversias.

La estricta vigencia del derecho, que nuestras naciones han incorporado como elemento esencial de nuestra convivencia, debe ser la garantía de la paz en la región, la que, a su vez, es elemento esencial para la cooperación.

La visión política de América Latina actual no puede eludir el problema de definir si existe un pensamiento político latinoamericano. Si, al margen de las ideologías, existe una idea central que sea común a las diferentes sociedades latinoamericanas. Si hay en la región un conjunto de principios que conformen un diseño común o que sean, por tanto, factores de unidad o de impulso para la cooperación.

Si damos una mirada al panorama político latinoamericano observamos que existen gobiernos autoritarios con estructuras militares; democracias que intentan ser configuradas al estilo europeo; sistemas *sui generis* como el de México.

Y esto siempre ha sido así. Tal vez sea procedente señalar que esa variedad de sistemas políticos no ha sido un elemento que ha impedido la cooperación. Son numerosas las acciones comunes que en el pasado emprendieron solidariamente países con gobiernos de diferentes signos políticos. Naturalmente, es dable pensar que la cooperación habría sido más fluida si hubieran existido instrumentos políticos aplicados en común por todas las naciones americanas.

No obstante esa diversidad, creo que todos los pueblos latinoamericanos tienen un elemento común y es que todos poseen una vocación democrática.

Sin embargo, en esta vocación democrática ha faltado algo. Hemos sido incapaces de crear instrumentos propios que correspondan a la realidad latinoamericana. Tal vez sea necesario hacer una distinción. En la democracia es necesario distinguir los elementos esenciales que la caracterizan de los instrumentos a través de los cuales ella se expresa.

Son elementos esenciales que el poder pertenece al grupo social; la alternabilidad en el mando; el equilibrio en el ejercicio del poder; la participación de la comunidad en las decisiones; el respeto de los derechos esenciales del ser humano.

Los instrumentos y las instituciones a través de los cuales se realizan

esas esencias son variados, han sido diferentes a través del tiempo y deben responder a las condiciones de cada sociedad.

Con la excepción de Cuba, en América Latina no hay proyectos de Estados totalitarios. Hay tránsitos a la democracia que se han materializado con mayor o menor éxito y con mayor o menor retardo.

A diferencia de Europa, en América Latina la opinión pública nunca ha buscado una estructura fascista o nazista de la sociedad.

En América Latina nos hemos limitado a copiar los instrumentos políticos que aplican las sociedades industriales y que responden a su propia realidad social, asignando a esos instrumentos un valor absoluto y haciendo abstracción de las esencias que configuran el concepto de democracia y que constituyen la vocación que señalaba antes.

Acaso en este hecho se encuentre la razón por la cual esa vocación democrática no se ha expresado y constituido de manera definitiva. Nos ha faltado imaginación y capacidad creadora de instrumentos propios.

Alvin Toffler, el autor de varios y atrayentes libros, entre otros *La Tercera Ola*, analiza de manera muy acertada el elemento común que tienen todas las democracias de las sociedades industriales y aquellos instrumentos que las diferencian con las siguientes palabras: "Nada es más desorientador para un francés que el espectáculo de una campaña presidencial americana: el continuo engullir de hot dogs, las palmadas en la espalda, los besos a los niños, las primarias, las convenciones seguidas por el enloquecido frenesí de la colecta de fondos, los silbidos, los discursos, los anuncios en la televisión, todo en nombre de la democracia. En contraste, a los americanos les cuesta entender la forma en que los franceses eligen a sus dirigentes. Menos aún entienden las inspidas elecciones británicas, la rebatiña holandesa con dos docenas de partidos, el sistema australiano de votación preferente, o los intercambios y pactos japoneses entre facciones. Todos estos sistemas políticos parecen ser terriblemente distintos entre sí.

Pero una vez que prescindimos de nuestras provincianas anteojeras descubrimos de pronto que existen poderosos paralelismos bajo las diferencias de la superficie. De hecho es casi como si los sistemas políticos de todas las naciones hubieran sido construidos a partir del mismo esquema oculto".

Tengo la impresión de que como en América Latina no hemos sido capaces de crear sino que de copiar sistemas de otras sociedades, no hemos descubierto el esquema oculto que traduzca nuestra vocación democrática común a partir del cual cada sociedad latinoamericana construya la arqui-

ectura política diferente que sea el reflejo de su cultura, de la idiosincrasia de sus pueblos, de sus necesidades.

Hay generaciones que tienen el imperativo de crear. Creo que las que nos sucedan tienen la enorme responsabilidad de concebir el esquema oculto que oriente un pensamiento político latinoamericano que hoy no existe, que responda a la próxima etapa histórica que viva nuestra sociedad; que satisfaga la vocación democrática de nuestros pueblos y que sea lo suficientemente imaginativo para poner en vigencia los instrumentos diferentes que atiendan los requerimientos de nuestras diferenciadas entidades nacionales.

Esta exposición parece cargada de pesimismo. Creo que en realidad para nuestra región los años que vienen pueden estar cargados de tormenta y crisis. Pero precisamente esas tormentas y esas crisis pueden despertar la voluntad política que nos lleve a recuperar una voluntad de consenso, de armonía y de cooperación que nos permita construir en América Latina una sociedad más sana y que proyecte dignidad, seguridad, paz y bienestar a los 336 millones de latinoamericanos.

Nuestros problemas parecen extremadamente serios. Sin embargo, la dimensión cósmica que ya penetra nuestras vidas me induce a terminar esta exposición con una cita que hace el astrónomo norteamericano Carl Sagan en su notable libro *Cosmos*. Tiene el efecto de dar una diferente dimensión a los problemas de cada día y constituye al mismo tiempo un llamado de serenidad y de valoración del ser humano frente a la insignificancia de nuestra dimensión cósmica. Dice Sagan:

“El tamaño y la edad del cosmos supera el entendimiento humano.

En él existen 100 mil millones de galaxias.

Cada galaxia tiene una proporción de mil millones de estrellas.

En una de esas galaxias hay una estrella que llamamos Sol.

Alrededor del Sol, perdido entre la eternidad y la inmensidad, se haya un polvo cósmico, la Tierra, nuestro ínfimo lugar planetario.

El cosmos puede estar densamente poblado por seres inteligentes. Pero las leyes de Darwin nos dan una lección clara: No hay ni habrá seres.

humanos con nuestras características en otros lugares del cosmos. Solamente aquí en este pequeño planeta. Somos una especie extraña que puede extinguirse. Cada uno de nosotros en la perspectiva del cosmos es un ser valiosísimo. Si un ser humano está en desacuerdo con Ud. déjelo vivir. En 100 mil millones de galaxias no encontrará otro igual”.

Aplicando estos conceptos a nuestro tema yo diría que en esta soledad cósmica los latinoamericanos no sólo tenemos la obligación de dejarnos vivir sino que de ayudarnos a vivir.